

La necropolítica debilitante en *Salón de belleza* de Mario Bellatin

Felipe Hugueño
Virginia Wesleyan University

RESUMEN: El presente trabajo es una lectura de la debilitación de los derechos humanos que viven los personajes contagiados de una desconocida enfermedad en la novela *Salón de belleza* de Mario Bellatin. Se estudia desde la necropolítica, lo que significa que la soberanía de los ciudadanos en la novela está fundada en la mortalidad; mientras que, ellos luchan por vivir. El estudio conecta los fines necropolíticos de las entidades en poder dentro de la obra con los métodos biopolíticos que emplean para lograrlos. Se lee la discriminación que los contagiados viven y el ostracismo que resulta de ella y cómo reacciona el protagonista ante estas presiones. Sus acciones son (in)conscientemente ambiguas y no resuelven nada porque el rechazo social sigue perpetuándose hasta después de su muerte. Los estragos médicos y psicológicos de la enfermedad le agregan miseria a la vida ya discriminada de los contagiados, hasta el punto de incapacitarlos en la sociedad. Es decir, la enfermedad los excluye de una sociedad neoliberal que antes los explotaba hasta consumirlos. De ninguna de las dos formas resulta una alternativa sostenible para seguir viviendo.

PALABRAS CLAVES: necropolítica, biopolítica, debilitación, enfermedad, Mario Bellatin

La narrativa de Mario Bellatin acostumbra a provocar dos tipos de lecturas: lecturas politizadas y lecturas que se enfocan en la estética de la narrativa. Los críticos que favorecen lecturas enfocadas en la estética suelen alejarse de interpretaciones alegóricas y extraliterarias sobre la trama. Diana Palaversich es uno de estos críticos, pero admite que las lecturas políticas "...son posibles, pero también son limitadas porque reducen la complejidad y las aporías [sic] del texto, aplicando la lógica y las pautas del realismo a una obra esencialmente antimimética y autorreferencial" (26). Por otra parte, hay críticos como Andrea Ostrov que hacen lecturas políticas porque la ausencia de referencias explícitas a un contexto histórico-social determinado pone en primer plano la arquitectura literaria y el trabajo de invención, lo cual intensifica la potencialidad crítica del texto (282).¹ Juan Pablo Cuartas sostiene que los vacíos que Bellatin inserta en su narrativa hacen más que representar el contexto, sino que lo generan.² Mario Bellatin genera argumentos sin escribirlos necesariamente en las novelas porque la estructura de sus obras dispone de huecos que el lector con su invención los va llenando.³ Es lo que Cuartas llama una *traducción encontrada*. Por último, en su artículo "Estética, política y sensación de la muerte en *Salón de belleza* de Mario Bellatin," Sergio Delgado pone en diálogo algunas de estas perspectivas conflictivas sobre el tipo de análisis al cual la narrativa bellatinesca debe ser sometida y encuentra una lectura intermedia que, a pesar de ser política, está basada en la estética de la novela *Salón de belleza*.⁴

Salón de belleza fue publicada por primera vez en 1994 y ha sido reeditada en varias ocasiones y traducida a múltiples idiomas, también. Las diferencias estructurales y de contenido entre las

ediciones, además de los distintos contextos socioculturales en los cuales fueron publicadas, permiten relecturas de la novela que a veces no compaginan bien entre ellas. La primera edición salió publicada relativamente cerca a la crisis del SIDA en las décadas de los ochenta y los noventa y, por eso, algunos críticos imaginan que la enfermedad que el protagonista y los huéspedes del moridero padecen es el SIDA, aunque la enfermedad en la novela no tiene ningún nombre. La enfermedad se manifiesta física y psicológicamente de manera similar al SIDA, y se sugiere que su transmisión es sexual, pero jamás se le identifica como SIDA. Tampoco ahora se debe cometer este error porque restringiría la potencialidad crítica de la obra.

Salón de belleza narra el emprendimiento laboral y el cuidado personal que un travesti les brinda a individuos contagiados de una enfermedad incurable que los tiene condenados a la muerte. A los dieciséis años, el protagonista se escapa de la casa de su madre hacia el norte para trabajar en un hotel para hombres. Luego de ahorrar suficiente dinero, regresa y lo invierte en un salón de belleza que decora con acuarios con diferentes peces. Al principio los peces son para que las clientas se sientan rejuvenecidas mientras son tratadas cosméticamente, pero con el pasar del tiempo van cumpliendo otros propósitos. Durante el día, el protagonista se desempeña como estilista y atiende a los clientes que ingresan al local. La mayoría de ellos son mujeres mayores. Por la noche, se viste de mujer y frecuenta la ciudad en búsqueda de encuentros sexuales con hombres por diversión y a veces por dinero. Más adelante, transforma el salón de belleza en moridero para que los contagiados en la última etapa de dicha enfermedad tengan donde

pasar el resto de sus días sin causarle ninguna molestia a nadie. Con el establecimiento del moridero, el protagonista crea un espacio para los contagiados que hasta entonces no existe en ninguna parte del entorno de la novela. Al convertirse en moridero, el salón de belleza deja de retrasar la vejez de sus clientes y en su lugar, acepta lo inevitable, la muerte.

El desamparo de la sociedad hacia los contagiados en la novela es una transgresión debilitante de sus derechos humanos. No son solamente los familiares los que los miran de reojo por haber contraído la enfermedad; sino que los hospitales también los desprecian cuando los contagiados acuden a ellos para recibir atención médica. La única alternativa digna a su disposición es ingresarse voluntariamente al moridero, que en sí está geográficamente aislado del centro urbano.⁵ El moridero está incomunicado, privándolo físicamente del acceso a la supuesta civilización. Esta despreocupación hacia ellos es la perpetuación de los estragos de la enfermedad que cruza del discurso médico al discurso sociocultural de la trama. El presente trabajo hace una lectura política que se enfoca en la debilitación de los derechos humanos de los contagiados desde una perspectiva necropolítica y analiza la instrumentalización de la biopolítica para fines necropolíticos. La necropolítica es diferente a la biopolítica en que la primera ejerce la soberanía sobre la mortalidad, aparte de desplegar y manifestar el poder sobre la vida como lo hace la biopolítica (Mbembé 11-12).⁶ Para este fin, tomo en cuenta los argumentos teóricos de Achille Mbembé, Judith Butler y Jasbir Puar. En la crítica contemporánea sobre *Salón de belleza* existen trabajos orientados por la biopolítica y hay trabajos que tratan la mortalidad y la manipulación de los cuerpos, pero no se ha presentado una clara conexión entre los dos que analice el conflicto de intereses entre el Estado y sus ciudadanos. El trabajo está pensado desde la mortandad, pero no es una lectura política obligada a generar conexiones extraliterarias porque se entiende que la estructura de *Salón de belleza* es indeterminada, lo cual abre precisamente la conversación sobre cómo debe analizarse la novela.

A la luz de la instrumentalización y destrucción de cuerpos humanos por el Estado, en su libro *The Right to Maim: Debility, Capacity, Disability*, Jasbir Puar presenta al estado israelita como manipulador estratégico de la soberanía del pueblo palestino.⁷ Israel se declara un estado ontológicamente vulnerable, lo que lo mueve a justificar el tipo de violencia que ejerce sobre su enemigo (X). Sopesando los intereses del Estado, es posible que Israel prefiera debilitar al pueblo palestino— a través de la continua incapacitación militar que le impone— en lugar de aniquilarlo por completo porque las lesiones individuales que le ocasiona resultan más perjudiciales y perdurables para el Estado a largo plazo. Cuando se le incapacita físicamente, la calidad de vida del enemigo es afectada incluso hasta después de la guerra y también es más desmoralizante que la misma muerte.

Desde la perspectiva del agresor, es también más favorable herir al enemigo que matarlo para así disminuir los reproches

internacionales sobre los abusos de los derechos humanos cometidos. No sugiero por ningún motivo que las lesiones incapacitantes son de menor gravedad que las muertes de las víctimas o que están mejor justificadas que éstas; pero, la creencia de que las lesiones físicas y psicológicas son consecuencias inherentes e inevitables de la guerra prevalece en la escena internacional. Además, las muertes suelen ser reprochadas desde una perspectiva generalizada que asocia la devastación de un conflicto bélico con estadísticas de muertes. Cuando se reflexiona sobre la devastación ocasionada en un conflicto bélico, el número de muertos es más sugerente que el número de heridos porque, hasta cierto punto, los heridos son relegados al olvido— los muertos también son eventualmente relegados al olvido, por lo menos, por muchos. El hecho de que los heridos siguen vivos los relega al olvido, donde las diferencias que sus nuevas vidas manifiestan, a causa del daño recibido, son en muchas ocasiones ignoradas con el tiempo. Los heridos no podrán vivir como lo hacían antes de que recibieran las lesiones, muchas de ellas incapacitantes, porque al seguir vivos estas diferencias no son reconocidas a la misma medida que las muertes. Ellos pasan más desapercibidos relativamente y no se les asocia tan directamente como víctimas de guerra. En conclusión, muchos de los incapacitados son relegados al olvido porque siguen vivos y porque la atención internacional se enfoca en ellos solamente esporádicamente, y los muertos son olvidados porque precisamente están muertos y no pueden ser revividos. Es una derrota eternamente debilitante para el pueblo afectado por el lado de que se mire. Manipular sus procesos biológicos— que consiste en acertar el frágil umbral entre la vida y la muerte— sin duda tiene fines biopolíticos que se convierten en necropolíticos.

En *Salón de belleza* la agresión hacia los contagiados no es tan físicamente bélica como la agresión del estado israelita en contra del pueblo palestino, pero sí es sistemática como ésta.⁸ Para entender la manipulación necropolítica de los contagiados en la novela, es necesario entender que sus cuerpos son considerados subhumanos desde la diferencia que la enfermedad significa para ellos. En “Una belleza incómoda: anormalidad y monstruosidad en *Salón de belleza*, de Mario Bellatin,” Felipe Ríos analiza cómo la novela trabaja las fronteras entre lo humano y lo inhumano.⁹ Concluye que cuando el moridero se institucionaliza, hay una “inquietante mutación hacia una inhumanidad” (Ríos 8).¹⁰ La diferencia entre lo que se considera normal y anormal es necesaria para que haya el efecto de empatía y compasión; pero cuando el moridero deja de ser un salón de belleza y se concreta simbólicamente como moridero, la costumbre laboral que éste requiere hace que nazca una inhumanidad del protagonista hacia los contagiados porque ellos se convierten en la nueva norma. Antes de dedicarse completamente al cuidado de los contagiados, la principal labor del protagonista consistía en atender a sus clientes del salón de belleza. La prioridad laboral cambia y con este cambio o a resultado de este cambio, también cambia la actitud del protagonista hacia los huéspedes. Los motivos del protagonista para cumplir con esta

nueva tarea son cuestionables, pero lo que no cambia es que los enfermos siguen siendo considerados anormales por el resto de la sociedad, incluyendo las instituciones estatales y las instituciones caritativas reconocidas por el Estado.¹¹ Para el protagonista, las instituciones caritativas carecen de estándares morales porque buscan proyectar una bondad falsa e interesada y las instituciones estatales no ejercen como deberían la jurisdicción que poseen para penalizar la discriminación de la cual los contagiados son víctimas.

El hecho de que los cuerpos contagiados sean considerados anormales les arrebató su identidad a los individuos. Alicia Vaggione da a entender que los cuerpos contagiados pierden su identidad desde el momento en que ingresan al moridero (482). Es cierto que el estricto regimiento que el protagonista establece para los huéspedes les limita la vida social que a ellos les gustaría tener, pero cuando los huéspedes ingresan al moridero, la enfermedad ya ha avanzado tanto que, aunque intenten encontrarle sentido a la vida, es difícil conseguirlo. Es la manera en que la enfermedad y su progresión son vistas por la sociedad lo que los define como individuos, más que la enfermedad misma, porque los recientemente contagiados pueden pasar desapercibidos ya que la enfermedad no siempre se les manifiesta inmediatamente en los cuerpos. Los que tienen la enfermedad más avanzada siguen vivos biológicamente, pero la enfermedad los mata simbólicamente en vida porque sus cuerpos son capaces de alcanzar una monstruosidad que los condena al ostracismo. Estos, los que están en la etapa final de la enfermedad, caminan un tramo muy estrecho entre lo que pertenece a la biopolítica y lo que pertenece a la necropolítica. La necropolítica va más allá que la biopolítica porque incluye la vida, incluso la vida monstruosa y la muerte (simbólica y física) de los contagiados. La vida y la muerte están intrínsecamente vinculadas y son la fundación de la razón humana, la cual conduce al concepto occidental de la soberanía. La soberanía, en turno, se encuentra en medio de un conflicto de poderes entre el Estado y el individuo que busca rechazar los límites que el miedo a la muerte genera en él o en ella (Bataille 221).

Los enfermos de la novela son despojados de su identidad en vida porque son considerados muertos antes de su muerte biológica.¹² El diagnóstico médico que portan la enfermedad los estigmatiza cuando en realidad debería ser información confidencial otorgada solamente a los portadores para que ellos hagan lo que quieran con ella, sea en forma de preparativos que ellos consideren esenciales en sus vidas o en absolutamente nada. Al contrario, la enfermedad en la novela no es vista como cualquier otra enfermedad, y los contagiados son víctimas de una indiferencia social que perdura hasta después de muertos. Es suficiente saber que los huéspedes son privados de ritos funerarios dignos para apreciar la envergadura de la exclusión social que pasan en vida y también en muerte. Si no viven en el moridero, se presume que mueren solos debajo de puentes; y los que son afortunados de ser cuidados por el protagonista, son rápidamente enterrados en una fosa común sin recibir velatorio alguno.¹³ Cuando mueren, el

protagonista no les lleva luto y él continúa con sus labores en el moridero como si nada ocurriese. También priva a los parientes de los huéspedes del contacto físico con los cuerpos recién fallecidos. Cuando los familiares le preguntan qué ha pasado con los enfermos y dónde se encuentran sus cuerpos, él se limita "a informales que ya no están más en este mundo" (Bellatin 50).

La enfermedad les cambia la vida a los huéspedes, como cualquier otra enfermedad o condición en la vida se la pudiese cambiar a cualquier persona, pero los diagnósticos de la enfermedad son lo que realmente los mata porque en vez de ser científicamente objetivos, los diagnósticos están cargados de prejuicios. Los diagnósticos dados por el Otro son lo que los priva de autodefinirse como ciudadanos, lo que resulta en una agresión hacia sus derechos humanos.¹⁴ En otras palabras, el Otro arbitrariamente les niega su papel de humanos y es esta discriminación lo que finalmente los sepulta en la sociedad. La discriminación es la fuerza que les tira el último poco de tierra encima, si es que en realidad tienen la fortuna de ser enterrados por lo menos en una fosa común. Los que mueren debajo de los puentes tienen menos derechos que los sepultados porque mueren absolutamente solos en una especie de anonimato. Sus cuerpos están a la deriva en las partes inferiores de estructuras urbanas que supuestamente conectan a la sociedad, acercando los unos a los otros, facilitando la comunicación. Para ellos, los puentes representan refugios callejeros, pero en vez de protegerlos, los dejan vulnerables y los desvinculan del resto de la sociedad. Es irónico lo que los puentes significan estructuralmente para los contagiados y para los no-contagiados de la novela.

En *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, Judith Butler destaca la importancia del luto en la comunidad. Estar de luto es un proceso que reconoce la vulnerabilidad humana del Otro y de sí mismo. Cuando se pierde a alguien, la comunidad se siente desorientada, pero llevar el luto tiene una característica comunitaria que reconoce esta vulnerabilidad y que la reorienta. El luto se presta como la base desmilitarizada para acordar soluciones pacíficas entre partidos en conflicto (29). Durante el luto, los partidos bajan la guardia y así atenúan la agresividad que se tienen el uno al otro. Sin embargo, al no llevar el luto de los huéspedes, el protagonista no reconoce la vulnerabilidad que él y ellos tienen en común y tampoco deja que nadie la reconozca. El protagonista entierra a los fallecidos, pero no les lleva luto, lo que en mi opinión es representativo de la precariedad de la identidad del protagonista en su entorno social. Es decir, él es un personaje intermediario en la novela porque trabaja semejantemente a las instituciones caritativas, pero también es un contagiado excluido de la misma sociedad. Al no reconocer la vulnerabilidad humana que él y los otros contagiados comparten, él perpetúa el rechazo que la sociedad les impone, y el efecto es equivalente al hecho de que ellos mueran debajo de un puente.¹⁵ Él anula la capacidad comunitaria del luto que ayudaría a reconciliar a la sociedad con los individuos enfermos que ya están socialmente descontados en vida.

Las acciones del protagonista vacilan entre amparar a los

contagiados e (in)conscientemente perpetuar la agresión que la sociedad les impone por estar enfermos. Su comportamiento no toma una postura unilateral, lo cual se puede atribuir como reacción a lo que Silvia Roig observa con respecto a los relatos bellatinescos. Según ella, estos relatos:

subrayan la alteridad, la vulnerabilidad y la subjetividad de la condición humana que emergen con el advenimiento de las nuevas políticas del Estado contemporáneo en el contexto neoliberal (40).

El contexto neoliberal en el cual el protagonista vive no le deja alternativas para superarlo. Es un contexto oportunista que les saca provecho a los ciudadanos bajo cualquier circunstancia. Roig lo entiende como un estado de excepción permanente. Para enfrentar esta mentalidad abusiva de cómo manejar las vidas de los ciudadanos, el protagonista rige el moridero de manera autoritaria en donde sus reglas reducen el espacio en donde el neoliberalismo pueda prosperar.¹⁶ No obstante, al querer contrarrestar las prácticas neoliberales del Estado, el protagonista suspende los derechos básicos de los contagiados. Es verdad que el moridero llena un vacío social que ninguna institución ocupa en la novela, pero también representa una agresión hacia la comunidad contagiada por la rigidez y lo poco convencionales que son sus prácticas. Hasta cierta medida, son prácticas indiferentes e insensibles y son prácticas que no se esperan de instituciones caritativas.

La exclusión social que los contagiados experimentan dentro de la comunidad se atribuye a los prejuicios sociales que la enfermedad significa, pero la exclusión social también es autoimpuesta, quizás por los mismos prejuicios culturales inculcados a los contagiados por su condición de enfermos. Son los contagiados los que toman la última decisión de aislarse en el moridero.¹⁷ Dánisa Bonacic explica que la alienación y la marginalidad presentes en la obra no tienen solución ya que el fundador del moridero muere (161).¹⁸ La muerte inminente del protagonista así lo sugiere, pero es válido precisar que la situación no tiene solución desde antes ni después del protagonista. El protagonista es solamente un síntoma del problema y cumple con narrar lo vivido. Cumple con narrar parte de una realidad que es imposible de abarcarla completamente. Los ciudadanos que son discriminados por su estilo de vida y su condición de contagiados jamás ejercen su soberanía con libertad absoluta. Desde el principio de la novela, su derecho a hacerlo está comprometido, independientemente de lo que le pase al protagonista en el futuro. La solución no se halla en el protagonista, sino en el Estado que ejerce su soberanía sobre los ciudadanos. La soberanía de los contagiados es manipulada por el Estado y no es propia de ellos. No es realmente libre ni natural, pero como la muerte de los contagios es de todas formas inevitable, el Estado se desvincula de ellos porque no ve propósito en ayudarlos. Lo único que les queda es ignorarlos, lo cual es una agresión hacia sus derechos.

La negación a la soberanía de los contagiados y a su derecho a vivir tranquilamente culmina con sus muertes. Las muertes son necesarias afuera y dentro del moridero para que la sociedad bellatinésca (incluyendo la micro-sociedad que el protagonista crea), continúe perpetuando sus intereses inhumanos.¹⁹ Para satisfacer los intereses ajenos, los cuerpos de los contagiados son explotados hasta donde sus físicos se lo permitan. Una vez consumidos, dejan de tener propósito y son desechables. Nadie les lleva luto y nadie los recuerda. Por ejemplo, cuando el protagonista habla de las aventuras bohemias que vivía con sus compañeros de trabajo cuando ellos estaban vivos, los cuales también eran sus únicos amigos, dice extrañarlos e imagina que ninguno de los hombres a quienes ellos les prestaron servicios sexuales los extrañaría. Los antiguos clientes no extrañan a los amigos del protagonista que ya han sucumbido ni lo extrañan a él que todavía sigue vivo. Esta indiferencia se trata de otra muerte simbólica que precede a la muerte física. El protagonista dice así: "Seguro que otros jóvenes ocupan ahora nuestros lugares" (Bellatin 35). La fama que ellos alcanzaron en el mercado sexual se les acaba a medida que envejecen. Al estar más viejos, sus cuerpos ya no son tan requeridos porque hay otros más deseados. Son desplazados por jóvenes, cuyos cuerpos muestran más vitalidad. El insaciable apetito sexual de los clientes siempre busca reemplazar a sus víctimas, y como consecuencia, relega a los viejos servidores al olvido. Como los cuerpos de los contagiados que han fallecido, los cuerpos prostituidos también son descartados, sin importar cuál sea su próximo destino.

Ser descartados de la sociedad les ocurre a los individuos arriba mencionados porque ellos están simbólicamente incapacitados para producir lo que antes producían sin ningún inconveniente.²⁰ Desde el momento en que reciben el diagnóstico de la enfermedad, ellos mueren figurativamente, aunque sigan vivos biológicamente. No es tanto la incapacidad física que la enfermedad significa para el cuerpo lo que los incapacita, sino que es la imagen de su estado de enfermo ante el sistema lo que dictamina su condición productiva.²¹ Otro individuo que vive similar destino es el joven contagiado con quien el protagonista se encariña. Se trata de un hombre joven con singular belleza física que recorre el mundo por motivos de placer y de trabajo. La narración sugiere que su novio lo explota en el tráfico ilegal de drogas. El joven arriesga la vida introduciéndose drogas en el cuerpo para trasladarlas ilegalmente de un lugar a otro. Otra vez es el cuerpo el vehículo que carga y hace realidad las ambiciones capitalistas de otros. Cuando su novio se entera de que está enfermo, lo abandona y es entonces cuando él recurre al moridero. Después de enfermarse, su novio no ve ninguna utilidad en el joven para el beneficio del tráfico de drogas. Lo que resta es simplemente abandonarlo y reemplazarlo porque el joven es dispensable.

Los abusos a los cuales el joven contagiado y los trabajadores sexuales son sometidos son capitalistas en naturaleza porque sus cuerpos son imaginados como herramientas que garantizan servicios para el placer y el enriquecimiento económico de otros. Con respecto a la explotación sexual, la referencia a los

zombis vuelve a servir para ahora encarnar la conexión entre el capitalismo y la explotación. No obstante, en este caso, los zombis son los que buscan los servicios sexuales porque consumen desmesuradamente y con preferencia los cuerpos jóvenes de los trabajadores sexuales.²² Además, como trabajadores, ellos siempre corren el riesgo de perder su trabajo por la competencia. No tienen seguridad laboral; son empleados extraoficiales y contingentes. Lo irónico es que la competencia que encaran y que les quita el trabajo a ellos es y será explotada de la misma manera que ellos lo han sido cuando el sistema considere que ellos, los nuevos, ya no cumplen eficientemente su propósito tampoco. Los contagiados no pierden sus trabajos por falta de motivación, sino que los pierden porque el sistema capitalista los priva del acceso a ellos y porque los reemplaza por individuos que hacen el mismo trabajo, pero que generan más ganancias para el sistema y a menor costo. A ellos, los reemplazados, los categoriza de inservibles por una condición de salud y de edad en el caso de los trabajadores sexuales. El sistema le saca provecho a su vitalidad y los deja sin propósito y sin ninguna opción para sobrevivir en la actualidad porque ellos no pueden trabajar más legal o ilegalmente como lo hacían antes. De hecho, no es la ilegitimidad de los trabajos que hacen lo que los excluye de la sociedad, sino la debilitación social que el sistema ejerce sobre ellos.

Los contagiados no ejercen su soberanía libremente porque el sistema los mata en vida, descontando sus intereses. El sistema se deshace simbólicamente de ellos a pesar de que ellos están biológicamente vivos y los explota en el proceso. En reacción a la violación de la soberanía y/o a consecuencia de una actitud abusiva que el propio protagonista adquiere por los abusos que él mismo recibe, por momentos él parece vacilar entre resistir o perpetuar la agresión hacia los contagiados. En el panorama más amplio, yo diría que él perpetúa esta agresión. Incluso, refleja esta agresión en el manejo de los peces que adquiere para decorar su salón de belleza-moridero. El protagonista ejerce el control sobre la vida y la muerte de los peces. Entre lo que les hace, lo siguiente: los deja de alimentar para que se mueran de hambre, les permite que se coman entre ellos, deja de limpiarles el acuario y tira algunos vivos por el excusado. Cada una de estas acciones conduce a la muerte de los peces, y con la excepción de la última, todas se relacionan con la manipulación de los peces mientras están vivos. Es decir, la manipulación de la vida se relaciona directamente con la manipulación de la muerte. Al final es posible que los peces mueran por causas naturales, pero lo más probable es que mueran a consecuencia de las acciones del protagonista. Después de que

los peces mueren, el protagonista acostumbra a volver a comprar los Guppys Reales porque son los peces más resistentes. Con peces nuevos, el protagonista perpetúa sus experimentos y caprichos que los siguen matando. Es también interesante destacar que el protagonista fomenta el consumismo que en parte caracteriza al capitalismo. Lo hace al comprar y comprar peces, y también al permitir que los peces se coman entre ellos. El primer consumo tiene que ver directamente con el poder adquisitivo, mientras que el segundo es más sanguinario e inhumano, conectándolo bien con el consumismo de los contagiados y de los trabajadores sexuales que ya se han mencionado.

Hay diferencias entre el mundo de los contagiados y el de los peces, pero la relación entre la vida y la muerte es la misma. Con respecto a los peces, el protagonista los manipula para que no vivan porque, para él, han dejado de cumplir con la imagen simbólica y estética que en algún momento representaron.²³ En el caso de los contagiados, el protagonista es ambos víctima y perpetuador de la agresión que el sistema ejerce sobre él y ellos. La ambigüedad que el protagonista aparentemente encarna y que representa para los lectores potencializa la crítica de la obra. *Salón de belleza* puede leerse política y/o estéticamente. También es una obra estéticamente política porque está equilibrada y pensada desde la soberanía, la cual es la reformulación de la vida y la muerte. La manipulación de la vida en la novela sirve como vehículo que conduce y concluye con la manipulación de la muerte para que ciertas prácticas inhumanas perseveren. Los peces y los contagiados no son matados abiertamente, pero las entidades en poder buscan métodos más sutiles para conseguir el mismo resultado. Matarlos sin ninguna motivación rebuscada revelaría de manera muy obvia la discriminación a la cual son sometidos y les apuntaría dedos a ellas y al Estado. En el caso de los contagiados, una manera más transparente de matarlos revelaría que su condición de enfermos y sus comportamientos sexuales son despreciados y rechazados por el grupo dominante de la sociedad. En fin, los contagiados no tienen una solución a la discriminación que viven ni a la explotación que sufren mientras están vivos. De hecho, la discriminación sigue hasta después de la muerte, y junto a la explotación laboral que los contagiados viven, son heredadas por nuevas víctimas. Las víctimas pertenecen a la sociedad por la función que cumplen, pero a la vez tampoco son reconocidas como ciudadanos merecedores de sus derechos y privilegios. El mundo bellatinesco es un mundo complicado que no tiene salida para los discriminados. Es un mundo que tiene a sus víctimas en la mira y listos para ser atacados en cualquier momento.

NOTAS

¹Para un entendimiento más amplio, véase el artículo "Hospitalidad y biopolítica en *Salón de belleza* de Mario Bellatin" de Andrea Ostrov.

²La cita se encuentra en el artículo "Mario Bellatin, ¿Qué clase de espanto puede generar una escritura semejante?"

³En "Un nuevo vacío para la loca: *Salón de belleza* y la literatura latinoamericana," Leonel Cherri analiza cómo el SIDA es un significante primordial que permite "cáscaras referenciales". El SIDA es un punto de camino, de tránsitos por no-tiempos y no-espacios que genera vacíos en los cuales el lector puede depositar una serie de elementos que no son explícitos en la escritura. En su trabajo, Leonel se enfoca en la figura de la loca, esa forma latinoamericana que no es ni lo gay ni lo travesti (53). Es el punto de fuga de los modelos normalizadores (53). Este vacío que la loca representa no es la ausencia o el sinsentido de algún fenómeno social, pero sí se materializa en la escritura y en la imaginación del lector que deposita sus propios elementos.

⁴Ofrezco esta lectura como ejemplo de reconciliación parcial para la discordancia que existe entre las lecturas políticas y las lecturas estéticas de la narrativa de Bellatin. Para resumir, Sergio Delgado analiza la función del cuerpo como mediador de la percepción de la muerte— estética somática (69). El moridero en *Salón de belleza* se erige como la única respuesta convincente para el sujeto moderno ante la lógica adormecedora— estética anestésica— de los regímenes neoliberales, pero también como la respuesta ante un proceso histórico mucho más extenso que nos remite a los orígenes mismos del pensamiento occidental (72). En otras palabras, la estética es redefinida para reivindicar la percepción somática del cuerpo y así repensar la totalidad de la materia corporal.

⁵Se ingresan voluntariamente, pero en realidad no tienen ninguna alternativa. La sociedad en la que viven les cierra todas las puertas. Los incomunica.

⁶En *Society Must be Defended*, Michel Foucault explica que en la segunda mitad del siglo XVIII una nueva tecnología de poder emerge: la biopolítica. No es una tecnología disciplinaria que se aplica sobre el cuerpo del hombre, sino sobre la vida del hombre y se masifica porque se aplica sobre poblaciones enteras (242-243).

⁷Es importante entender que el ejemplo que Jasbir Puar analiza es verídico mientras que lo que ocurre en *Salón de belleza* es novelístico, lo que significa que es, por lo menos, parcialmente ficticio. Utilizo el ejemplo verídico como modelo porque, en fin, este trabajo es una lectura política de la obra que crece con la imaginación del lector.

⁸En realidad, sí hay cierta agresión física por parte de la Banda de los Matabros hacia los travestis. Esta pandilla urbana es ultraconservadora y sus miembros persiguen y agreden a los travestis. En términos de agresión sistemática, se puede pensar en la enfermedad y en sus consecuencias como una dura y larga batalla que los contagiados llevan hasta su muerte. Ellos, a consecuencia de estas presiones, son los eternos perdedores.

⁹Las palabras humano e inhumano tienen dos acepciones cada una. Una alude a la presencia o ausencia de compasión por el Otro. También hacen referencia al hecho de ser humano o a lo contrario que sería ser un individuo monstruoso. El monstruo es aquel individuo excluido de/por la sociedad.

¹⁰No hay ningún documento legal que certifique la institucionalización del salón de belleza a su estado de moridero porque el Estado no lo reconoce, pero se institucionaliza en el sentido en que el protagonista se dedica esforzadamente al cuidado de los contagiados (en buena fe), independiente de si el Estado reconoce su establecimiento o no.

¹¹El protagonista teme que las Hermanas de la Caridad sepan que está enfermo y se apoderen del moridero. Es por lo cual se maquilla: "para hacer desaparecer las fastidiosas heridas" (Bellatin 82). Esconde la evidencia de la enfermedad porque si le ven las heridas, sería aún más estigmatizado y sería considerado inepto para manejar el moridero.

¹²Puede pensarse en ellos como zombis que deambulan en lo indeterminado, entre la vida y la muerte. Esta incertidumbre está resaltada por la incertidumbre de la ciudad descrita en la novela. Se trata de una ciudad desconocida que en realidad pudiese ser cualquier ciudad en América Latina.

¹³Debo aclarar que el protagonista hace una excepción a esta norma. Establece una relación íntima con un huésped que conoce desde antes del moridero. Mientras el huésped está vivo, lo atiende con más esmero que a los demás. Le coloca un acuario con peces en su mesita de noche, le improvisa un velatorio privado al cual no asiste nadie más que él, y lo entierra en una "sepultura más digna" (Bellatin 50). El fallecido no termina en la fosa común como el resto de los contagiados.

¹⁴Tampoco es adecuado apuntar con el dedo a los médicos como los culpables de dar diagnósticos cargados de prejuicios. En general, son la sociedad y el Estado los culpables porque permiten la discriminación hacia los contagiados. Sin embargo, dentro de la sociedad misma, siempre habrá excepciones de ciudadanos que no discriminan.

¹⁵Quiero aclarar que la comparación entre no llevarles luto a los contagiados (por parte del protagonista) y la muerte debajo de un puente (impulsada por la indiferencia social) no desacredita los servicios que el protagonista les brinda a los contagiados mientras ellos están con vida. Son solamente similares bajo un lente amplio y posterior a la muerte.

¹⁶Según Silvia Roig, Bellatin proyecta el totalitarismo moderno en el que vivimos. Bellatin pone de relieve las decisiones políticas que dirigen la vida y los cuerpos de los individuos, las cuales convierten el organismo de los sujetos en sistemas regulados y manipulados por el poder (42).

¹⁷Según el protagonista, si el primer huésped no hubiese sido acogido en el salón de belleza, el individuo hubiese muerto "debajo de uno de los puentes de la ciudad" (Bellatin 57).

¹⁸Argumento que el protagonista muere simbólicamente desde el momento en que se sabe que porta la enfermedad.

¹⁹ Las muertes son sobre todo necesarias en el moridero. El moridero no existe para salvarles las vidas a los contagiados. Una vez muertos, llegan nuevos contagiados. El ciclo se renueva y continuará existiendo hasta que el protagonista no pueda más narrar su experiencia.

²⁰ Hay una diferencia en cómo son manipulados los trabajadores sexuales. Algunos son manipulados a través del contacto físico por medio del sexo; mientras que hay otros manipulados por fuerzas invisibles— las fuerzas biopolíticas descritas por Michel Foucault. Son fuerzas invisibles porque es precisamente la carencia de demanda sexual la que les afecta negativamente la forma de vida. No obstante, en conjunto, las dos manipulaciones son negativas; pero la manipulación física, por lo menos, también les brinda un sentido de placer a los trabajadores sexuales en la novela. Les da un motivo por el cual continuar haciendo lo que hacen.

²¹ La enfermedad impide de manera substancial el funcionamiento corporal de los contagiados cuando ellos se encuentran en la etapa final. Antes de esta etapa hay inconvenientes, pero nada que los incapacite totalmente para funcionar y producir en la sociedad.

²² Es importante tener cuidado en no solamente asociar a los contagiados con los zombies porque si la enfermedad se transmite sexualmente, los afectados pueden ser infinitos. No son solamente los travestis los que se enferman, sino que todo el mundo corre el riesgo de enfermarse. Es precisamente la universalidad de la enfermedad la que expone la ironía detrás de los prejuicios de los no-contagiados hacia los contagiados. Además, la universalidad de la enfermedad expone la vulnerabilidad humana, lo que debería crear el efecto de compasión por el prójimo, quién quiera que fuese.

²³ El manejo de los peces no es enteramente vil porque hay ocasiones en que el protagonista se preocupa de su bienestar. Por ejemplo, él dice: “Lo que sí me entusiasma del final del Moridero es que los acuarios recuperen su pasado esplendor” (Bellatin 87). Sin embargo, justamente después, socava este mensaje con otro: “Primero me desharé de la pecera que contiene la última generación de guppys reales. La arrojaré al mismo descampado donde irán las bacinicas y los platos. Será muy fácil verter la pecera y observar cómo los peces se asfixian hasta morir en aquel terreno agreste” (Bellatin 87). El protagonista vuelve a ocupar una posición intermedia entre la compasión y el descuido consciente, la cual es representativa de la precariedad de identidad que tiene.

OBRAS CITADAS

- Bataille, George. “What I Understand by Sovereignty.” *The Accursed Share*, translated by Robert Hurley, III, Zone Books, 1991, pp. 195–257.
- Bellatin, Mario. *Salón de belleza*. 2017 ed., Penguin Random House, 2016.
- Bonacic, Dánisa. “Comunidades fracasadas en imaginarios no referenciales: una lectura de las imágenes sociales en *Salón de belleza* de Mario Bellatin.” *Inti: Revista de literatura hispánica*, vol. 1, no. 73, 2011, pp. 159–189.
- Butler, Judith. *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. Verso, 2004.
- Cherri, Leonel. “Un nuevo vacío para la loca: *Salón de belleza* y la literatura latinoamericana.” *Bellatin en su proceso: Los gestos de una escritura*, by Alejandro Palma Castro, Prometeo Libros, 2018, pp. 45–69.
- Cuartas, Juan Pablo. “Mario Bellatin, ¿qué clase de espanto puede generar una escritura semejante.” *Memoria Académica*, VI Jornadas de filología y lingüística, 7-9 Aug. 2013.
- Delgado, Sergio. “Estética, política y sensación de la muerte en *Salón de belleza* de Mario Bellatin.” *Revista Hispánica Moderna*, vol. 64, no. 1, June 2011, pp. 69–79.
- Foucault, Michel. *Society Must be Defended: Lectures at the Collège de France 1975-1976*. Edited by Mauro Bertani and Alessandro Fontana. Translated by David Macey, Picador, 2003.
- Mbembé, J.-A. “Necropolitics.” *Public Culture*, Translated by Libby Meintjes, vol. 15, no. 1, 2003, pp. 11–40.
- Ostrov, Andrea. “Hospitalidad y biopolítica en *Salón de belleza* de Mario Bellatin.” *Altre Modernità*, 31 Oct. 2019, pp. 280–290.
- Palaversich, Diana. “Apuntes para una lectura de Mario Bellatin.” *Chasqui*, vol. 32, no. 1, May 2003, pp. 25–38., doi:10.2307/29741765.
- Puar, Jasbir K. *The Right to Maim: Debility, Capacity, Disability*. Duke University Press, 2017.
- Ríos Baeza, Felipe Adrián. “Una belleza incómoda: anormalidad y monstruosidad en *Salón de belleza*, de Mario Bellatin.” *Lejana: Revista Crítica de Narrativa Breve*, vol. 9, Oct. 2016.
- Roig, Silvia. “¿Qué significa vivir en un estado de derecho?: Vida, contaminación y muerte en *Salón de belleza* de Mario Bellatin.” *Lucero*, vol. 22, no. 1, 2012, pp. 39–54.
- Vaggione, Alicia. “Literatura/enfermedad: El cuerpo como desecho. Una lectura de *Salón de belleza* de Mario Bellatin.” *Revista Iberoamericana*, vol. 75, no. 227, June 2009, pp.475–486.